

JUEVES - NARRACIÓN 5

EL JARDÍN DE GETSEMANÍ Y LA TRAICIÓN DE JUDAS

Capítulos 77 y 78 del Evangelio de los Doce Santos



Mientras iban al Monte de los Olivos, Jesús les dijo: "Esta noche todos ustedes serán ofendidos por mi causa y me abandonarán, porque está escrito: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas". Pero después de que haya resucitado, iré delante de ustedes a Galilea". Respondió Simón y le dijo: "Aunque todos te abandonen, yo nunca te abandonaré". Y el Señor dijo: Simón, he aquí que Satanás los ha pedido para zarandearlos como a trigo. Pero he rezado por ti para que tu fe no falle; y cuando hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos".

Y él le dijo: "Señor, estoy dispuesto a ir contigo, tanto a la cárcel como a la muerte". Jesús dijo: "Te digo, Simón, que el gallo no cantará esta noche antes que tu niegues tres veces que me conoces". Entonces se fue Jesús con ellos, cruzando el arroyo de Cedrón, hasta el huerto llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: "Siéntense aquí mientras voy a orar allá" (Judas, el que le entregó, también conocía el lugar, porque Jesús a menudo se reunía allí con sus discípulos.) Y Jesús les dijo: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quédense aquí, y velen conmigo".

Jesús se alejó un poco de ellos, se arrodilló hasta tocar el suelo con la frente, y oró: "Oh, mi Padre-Madre, si es posible, deja pasar de mí esta copa; sin embargo, no será como yo quiero, sino como tú quieras". Un ángel del cielo se le apareció, fortaleciéndole. Se acercó a los discípulos y, encontrándolos dormidos, dijo a Pedro: "¿Qué, no pudiste vigilar conmigo una hora? Velen y oren para que no entren en tentación; el espíritu de hecho está dispuesto, pero la carne es débil".

Se fue de nuevo por segunda vez y oró, diciendo: "Oh, mi Padre-Madre, si esta copa no pasa de mí, a menos que yo la beba, hágase tu voluntad". Estando en agonía, oraba más fervientemente y su sudor era como grandes gotas de sangre que caían al suelo. Vino y los encontró dormidos de nuevo, porque sus ojos estaban pesados. Él los dejó y se fue otra vez y oró por tercera vez, diciendo:

"Oh, mi Padre-Madre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya, así en la tierra como en el cielo".

Entonces se acercó a sus discípulos y les dijo: "Duerman ahora, y descansen; he aquí que la hora está cerca, y el Hijo del Hombre será traicionado y entregado en manos de pecadores. Levántense, vámonos; he aquí que se acerca el que me traiciona".

La Traición

Mientras Jesús aún hablaba, he aquí que venía una multitud, y Judas, que era llamado Iscariote, iba delante de ellos. Judas, habiendo tomado un grupo de hombres, de oficiales de los sumos sacerdotes y de fariseos, llegó allí con linternas, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todas las cosas que debían suceder, se adelantó y les dijo: "¿A quién buscan?" Ellos le respondieron: "Jesús de Nazaret". Jesús les dijo: "Yo Soy".

Tan pronto como les dijo: "Yo Soy", retrocedieron y cayeron al suelo. Y cuando se levantaron, les preguntó de nuevo: "¿A quién buscan?" Y ellos dijeron: "Jesús de Nazaret". Y Jesús respondió: "se los he dicho, Yo Soy; por lo tanto, si es a mí a quien buscan, dejen ir a éstos". Y el que le traicionaba, les dio la señal, diciendo: "Al que yo bese, ése es; aprésenlo rápidamente". Inmediatamente se acercó a Jesús y le dijo: "Salve, Maestro", y lo besó. Jesús le dijo: "Amigo, ¿por qué has venido? ¿es con un beso que traicionas al Hijo del Hombre?".

Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, a los oficiales del templo y a los ancianos que habían venido contra él: "¿Por qué salen contra un ladrón con espadas y palos? Cuando estaba cada día con ustedes en el templo, no extendieron las manos contra mí; pero esta es su hora, y la del poder de las tinieblas". Entonces vinieron y pusieron las manos sobre Jesús. Simón Pedro extendió la mano, sacó la espada, hirió a un siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja. Entonces Jesús le dijo: "Vuelve a poner tu espada en su lugar; todos los que tomen la espada, a espada perecerán". Y Jesús le tocó la oreja y lo sanó.

Jesús le dijo a Pedro: "¿Crees que ahora no puedo orar a mi Padre y que pronto me dará más de doce legiones de ángeles? Pero entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, según las cuales así debe ser?" Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron. Los que habían puesto las manos sobre Jesús lo llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote. Pero lo llevaron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, que era el sumo sacerdote para ese año. Y Caifás fue quien aconsejó a los judíos, de que era conveniente que un hombre muriera por los pecados del pueblo.

Los escribas y los ancianos estaban reunidos, pero Pedro, Juan, Simón y Judas los siguieron desde lejos hasta el palacio del sumo sacerdote, y entraron y se sentaron con los criados para ver el final. Habían

encendido un fuego en medio del patio, y se sentaron alrededor, Pedro se sentó entre ellos y se calentó, y Simón también se sentó junto a él. Una criada lo vio mientras estaba sentado junto al fuego, y lo miró con atención y dijo: "Este hombre también estaba con él". Y él lo negó, diciendo: "Mujer, no le conozco". Después de un rato, otro lo vio y dijo: "Tú también eres de ellos". Y Simón dijo: "Hombre, no lo soy". En aproximadamente una hora, otro afirmó con confianza, diciendo: "Seguramente, este hombre estaba con Jesús de Nazaret, porque es galileo". Simón negó la tercera vez, diciendo: "Hombre, no sé de qué hablas". E inmediatamente, mientras aún hablaba, el gallo cantó. El Señor se volvió y miró a Simón. Y Simón se acordó de la palabra del Señor, de cómo le había dicho: "Antes de que el gallo cante hoy, me negarás tres veces". Y Simón salió y lloró amargamente.